

## América Latina en el nuevo mapa de la economía mundial\*

La década de los ochenta ha sacudido a América Latina con dos fenómenos de una intensidad nunca antes vista. El primero es la velocidad del cambio tecnológico en la economía mundial, que ha acarreado transformaciones tecnológicas en los sistemas industrial, financiero y de servicios. El segundo, es el "aplastamiento" financiero de América Latina, derivado de su deuda externa, que ha ocasionado una regresión de enormes proporciones.

Ante estos hechos, cabe preguntarse cómo afectan ellos la inserción mundial de América Latina y cómo inciden sobre la vulnerabilidad de la región. El tema se abordará desde dos ángulos:

- a) Los cambios en el mapa económico mundial y la posición de América Latina.
- b) El funcionamiento reciente de las economías industrializadas y su impacto en nuestra región.

### I. AMÉRICA LATINA Y EL MAPA DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

En la década de los ochenta América Latina ha perdido importancia en la economía mundial. Para la Comunidad Europea y Japón, la región pesa menos que a fines de los años 70, en el campo comercial, financiero y en inversiones extranjeras directas. Se puede afirmar que la región es hoy más marginal que a comienzos de la década. En el comercio mundial América Latina bajó su ponderación desde un 5,7% del comercio total en 1980 a un 4,2% en 1986 (fuente CEPPI, Francia y O. Rosales, "América Latina en la Economía Mundial", ILPES, mimeo, septiembre 1987).

El dinamismo del comercio mundial ha provenido de la expansión de las exportaciones manufactureras, y ganaron posiciones aquellos países que lograron crear ventajas comparativas. El comer-

\*Presentado al Seminario sobre "El papel de la Integración Económica en el Desarrollo de América Latina", organizado por UNITAR/URSS, en Moscú y Dushambe, 14-23 septiembre, 1987.

cio de manufacturas, que alcanzaba al 50% del comercio total en 1967, subió al 68% del total en 1985. En América Latina creció la importancia de las manufacturas en las exportaciones, pero la región aprovechó menos este hecho que los países desarrollados y, en particular que los del Sudeste asiático.

Igualmente, América Latina ha perdido importancia para la inversión extranjera directa originada en los países desarrollados. En el período 1980-1982, la región captó aproximadamente 12% del total de los flujos de inversión originados en aquellos países; en 1983-1985 éste se redujo al 9% (cifras del FMI, citado en SELA, *América Latina en la economía mundial: problemas y perspectivas*, México: 1987, cuadro 41).

En el campo financiero la región adquirió una importancia significativa en los dos primeros años de esta década, cuando se constituyó en un área relevante para las colocaciones de la banca comercial mundial. A partir de 1983, la región ha declinado en las colocaciones totales de esa banca y esta tendencia se mantendrá sostenidamente en los próximos años.

#### *Relaciones de América Latina con la Comunidad Europea*

La CEE (incluso excluyendo el comercio intracomunitario) es la primera potencia comercial del mundo. En la década de los ochenta esta región ha mostrado en el campo comercial una tendencia europeocéntrica. Los intercambios intracomunitarios han crecido más rápido que el comercio con el resto del mundo. Entre 1980 y 1986, las importaciones intracomunitarias pasaron del 50% al 58% del total, mientras que las exportaciones intracomunitarias pasaron del 56% al 58% del total.

Para la Comunidad Europea, América Latina disminuyó levemente su importancia como área comercial. Como proveedor, América Latina bajó su ponderación de 2,9 a 2,6% de las importaciones totales de la CEE. También disminuyó su importancia para la CEE como mercado comprador: la Comunidad colocó en la región el 2,6% de sus productos en 1980 y el 1,7% en 1986.

Para América Latina, en cambio, la CEE sigue siendo igualmente importante. Su significado para el comercio latinoamericano declinó levemente en la década de los ochenta, pero la proporción total continúa siendo muy elevada: ocho países de la región destinan más del 20% de sus exportaciones a la CEE y cinco de ellos, más del 30%.

Alemania y Brasil son los países más importantes en el comercio recíproco. Desde la CEE, Alemania representa cerca del 25% de las exportaciones, mientras que Brasil representa más del 30% de las exportaciones de América Latina.

A fines de la década de los ochenta impresiona la composición

del comercio de América Latina con la Comunidad. Su carácter es casi colonial. Entre 1980 y 1986, sólo el 14% de las exportaciones hacia la CEE fueron manufacturas, lo que resulta sorprendente, porque América Latina ha aumentado su componente manufacturado en las exportaciones totales desde un 10% del total en 1970 a un 25% en 1986, lo que no se refleja en las exportaciones a la Comunidad Europea.

También es paradójal que mientras América Latina no aumenta su porcentaje de exportaciones manufacturadas a la CEE, Europa elevó sus importaciones de manufacturas desde un 42% del total en 1980 al 51% en 1985. En otras palabras, la región no sacó provecho de este incremento de las importaciones manufacturadas de la Comunidad. Es también chocante la situación inversa, puesto que del total de las importaciones de América Latina sólo un 60% es manufacturado; sin embargo, desde Europa el 90% de las importaciones son industriales.

La composición del comercio con la CEE es la peor para América Latina. En balance, Europa tuvo en 1986 un superávit con América Latina en el campo industrial de us\$ 6.000.000 y un déficit de us\$ 12.000.000, en productos primarios (excluyendo el petróleo), (Patricio Leiva, *Comercio de la Comunidad Europea con América Latina*, CLEPI Santiago, mayo 1987). Esta situación se diferencia con la de EE. UU., donde el componente manufacturado de las exportaciones latinoamericanas ha mejorado algo, y es particularmente contrastante con la composición del comercio intralatinoamericano, que posee una proporción de manufacturas mucho más elevada que con los países industrializados.

La escasa dinámica del comercio latinoamericano con Europa deriva de un intercambio altamente desequilibrado. La elasticidad de la demanda de los productos latinoamericanos es muy baja y esta situación tiende a agravarse por el cambio tecnológico y también por el lento crecimiento de los países europeos. En consecuencia, en las exportaciones a la Comunidad Europea, que seguirán siendo muy importantes para la región, es urgente lograr una diversificación, elevando el componente manufacturado.

En el campo financiero se verificó un incremento de la importancia de América Latina, en los dos primeros años de esta década, y luego una declinación. Desde la perspectiva latinoamericana, en cambio, la deuda con bancos europeos representa entre el 35 y el 40% de la deuda bancaria total de la región. Esta cifra es similar a la que se tiene con la banca norteamericana. El país que aparece con las mayores acreencias sobre América Latina es Inglaterra, con alrededor del 15% de la deuda bancaria, seguido de Francia con un 8% y Alemania con un 3,5%.

También es importante notar que la banca europea ha constitui-

do provisiones por riesgo de sus colocaciones, superiores a las de EE. UU. Las disposiciones legales en los países europeos permiten realizar estas provisiones. Esto explica una menor preocupación en estos bancos por sus colocaciones en América Latina, respecto a la que muestran los bancos norteamericanos.

La banca europea, a pesar de su gravitación acreedora, es seguidora de las políticas de los bancos norteamericanos. Esta situación presenta para América Latina problemas y posibilidades. En efecto, el hecho de que la deuda con la banca europea sea tan grande, y que al mismo tiempo esta banca haya constituido altas provisiones, podría permitir también una política ad-hoc con esos bancos, para buscar fórmulas distintas de renegociación.

### *Relaciones entre América Latina y Estados Unidos*

Al igual que con la Comunidad Europea, América Latina ha perdido, aunque más levemente, importancia para el comercio exterior de Estados Unidos. Las exportaciones realizadas hacia esta región, como porcentaje de las exportaciones totales norteamericanas, bajaron del 18% en 1981 al 14% en 1985. De igual modo, las importaciones desde América Latina se redujeron levemente desde un 16 a un 14%, en el mismo período. Es importante destacar, a partir de estas cifras, que América Latina no aprovechó el *boom* de importaciones desde EE. UU., en la misma proporción que lo hicieron otros países industrializados y del Tercer Mundo. De haber incrementado la colocación de sus productos a un ritmo similar al del crecimiento de las importaciones totales norteamericanas, la proporción latinoamericana no habría bajado.

Quando el comercio con Estados Unidos se mira desde el lado latinoamericano, el resultado es completamente distinto. Emerge aquí el hecho más significativo de la década: EE. UU. cobró una importancia capital para el comercio de la región. A fines de los años setenta, América Latina colocaba en ese mercado alrededor del 35% de sus exportaciones. A mediados de los ochenta, colocó alrededor del 50% de ellas. Igual cosa ha sucedido con las importaciones; mientras a fines de los años 70, sólo un 30% de éstas provenía de EE. UU., a mediados de los ochenta ellas representan casi el 40% (SELA, *América Latina en la economía mundial; problemas y perspectivas, op cit.*, y también SELA, "La evolución de la economía mundial y desarrollo de América Latina y el Caribe", mimeo, Caracas, agosto 1987).

La tesis que se sostuvo en el pasado de una progresiva desvinculación de América Latina respecto a la economía norteamericana en el campo comercial (Sergio Bitar "United States, Latin American Relations, Shifts in Economic Power and Implications for the Futu-

re", *Journal of Inter American Studies*, vol. 26, Nº 1, febrero 1984), sufrió un vuelco sustantivo en los ochenta. La pérdida de importancia del mercado intralatioamericano, así como la baja del comercio con Europa, fue compensada por un incremento sustancial de las relaciones comerciales con EE. UU. Se ha provocado una concentración apreciable del comercio latinoamericano con ese país.

A partir de 1986, se comenzó a notar la disminución del ritmo expansivo de las importaciones de EE. UU. Por su enorme déficit comercial, la política económica norteamericana ha tendido a reducir sus importaciones y esto ha afectado a América Latina: el superávit comercial con EE. UU. bajó de 16.000 a 8.000 millones de dólares en 1986. Este hecho es muy preocupante para el futuro, pues es de esperar un continuo ajuste de la economía norteamericana para resolver sus déficit comercial y fiscal.

Esta situación también se manifiesta a través de medidas proteccionistas; aun cuando ellas tienen un carácter global, afectan particularmente a América Latina. Así por ejemplo, las propuestas del diputado Gephardt, las resoluciones adoptadas por el Congreso norteamericano en julio de 1987, la ley de seguridad alimentaria (destinada básicamente a la Comunidad Europea), la ampliación del acuerdo de multifibras (que apunta básicamente al Sudeste Asiático), son todas manifestaciones de un proceso en despliegue y que limitará el comercio de América Latina con EE. UU. en el futuro inmediato. Ya se aprecia que una alta proporción de los casos de *countervailing duties* se ha aplicado contra países latinoamericanos entre 1981 y 1987 (Council of the Americas, *Washington Report*, agosto-septiembre 1987).

Urge diversificar el comercio de América Latina respecto del mercado norteamericano, a través de la expansión del comercio con otras regiones. Es preciso adelantarse al estrechamiento de las importaciones de ese país.

En el campo financiero, la banca norteamericana es responsable de alrededor del 35% de la deuda total bancaria de la región. Sin embargo, desde la perspectiva de esta banca norteamericana, la importancia de América Latina ha decrecido apreciablemente desde 1982. El *exposure* de los nueve mayores bancos norteamericanos en la región, como porcentaje de su capital, ha bajado desde 197% a fines del 82 al 121% a fines del 86, y la política es continuar este decrecimiento. Las estimaciones del banco Morgan indican que para 1990 este *exposure* se ubicará entre 63 y 73% (Morgan Guaranty Trust, *World Financial Markets*, julio 1987).

En el Congreso norteamericano se han presentado algunas propuestas que inciden sobre la deuda latinoamericana, entre otras, la del Senador Bradley. En ellas se pretende aliviar la carga financiera sobre América Latina para así abrir nuevos mercados a las exporta-

ciones norteamericanas. Estas propuestas, sin embargo, han sido diluidas fuertemente en las discusiones recientes del Congreso de EE. UU. y es poco plausible que surjan de allí medidas que impliquen una participación financiera muy distinta de la sugerida por el Secretario del Tesoro, Baker. Esta tendencia es nítida y constituye un hecho de gravedad para el futuro de la región. No existen antecedentes para vislumbrar una variación en la tónica restrictiva de los fondos, y persistirá, de no mediar cambios, una carga financiera insostenible para la región. El hecho de que América Latina aparezca teniendo menor importancia y que los bancos se hayan protegido contra posibles pérdidas, a partir de la iniciativa del Citibank en julio de 1987, estimula una posición dura por el lado acreedor.

Sin embargo, también puede abrir una oportunidad para América Latina en cuanto a resituar el debate en términos de una negociación política como las que realizan entre sí los países del "Grupo de los Cinco", cuando se trata de cuestiones cambiarias, monetarias y fiscales que los afectan directamente.

### *Relaciones de América Latina con Japón*

Para Japón, América Latina también perdió importancia en la década de los ochenta. Esta situación deriva de las contracciones en las importaciones latinoamericanas como consecuencia de la deuda. En 1975 la región absorbía el 8% de las exportaciones japonesas, mientras en 1984, sólo el 4%. También ha disminuido como mercado para los productos nipones, aunque en forma más leve: en 1970, proveía aproximadamente el 7% de las exportaciones japonesas y en 1985, sólo el 5%.

Desde la perspectiva latinoamericana, la situación es diversa: Japón constituye un mercado de importancia, ha crecido como proveedor de la región y se ha mantenido como mercado para ella. Persiste, por tanto, un superávit japonés de us\$ 3.300.000 en 1986.

Japón es aún un mercado relativamente bajo para América Latina si se compara con EE. UU. y la Comunidad Europea. Sin embargo, es posible y necesario buscar una relación más fuerte con Japón y otros países del Asia y del Pacífico, para favorecer la diversificación.

A diferencia de la situación con EE. UU., donde habrá mayores dificultades para las colocaciones latinoamericanas, el cuadro japonés es distinto. Por razones de ajuste en la economía mundial, ese país está aplicando medidas para incrementar sus importaciones. El JETRO, organismo cuya función era la promoción de exportaciones, ahora se ha volcado a la promoción de importaciones.

La mayor competencia que tendrá América Latina para expandir su presencia en el mercado japonés, serán los países del Sudeste

Asiático que están aprovechando más intensamente este cambio de la política externa japonesa. En 1986 las colocaciones de la banca japonesa en América Latina fue del orden de los 30.000 millones de dólares, algo más del 12% del total de la deuda latinoamericana con la banca privada. Esta es una cifra muy importante tratándose de una sola nación.

A diferencia de lo ocurrido en la CEE y más recientemente en EE. UU., las disposiciones legales japonesas son más restrictivas para que los bancos constituyan provisiones contra riesgos en los países deudores. En consecuencia, la política de la banca japonesa ha sido bastante conservadora; no sólo han bajado sus riesgos en la región, también han reducido sus créditos comerciales a aquellos países que, a juicio de los japoneses, presentan una situación vulnerable. De esta forma han agudizado el ciclo restrictivo de las finanzas latinoamericanas.

En meses recientes, se ha informado de algunas iniciativas japonesas para recomprar deuda de sus bancos con América Latina y luego renegociar esos documentos con los países deudores. Sin embargo, estas ideas no se han precisado. Es predecible la continuación de una política conservadora en materia de colocaciones y el acoplamiento de la banca japonesa con la banca norteamericana en la región, salvo que los países de América Latina adopten iniciativas nuevas y directas con Japón.

En inversiones extranjeras directas, Japón ha dado un salto espectacular en los últimos años, ampliando sostenidamente sus posiciones en el exterior, para compensar así su superávit comercial. Estas colocaciones han sido hechas en una proporción muy alta en EE. UU. y en otros países desarrollados, dejándose de lado a los países en desarrollo. La importancia relativa del *stock* de inversiones directas en América Latina ha decrecido para el Japón, mientras ha aumentado considerablemente en las naciones avanzadas.

Sin embargo, debe tenerse presente que los ajustes económicos impulsados por Japón incrementarán sus inversiones en el exterior. Esta política ya está siendo implementada y, por tanto, se abren nuevas posibilidades para América Latina. La composición regional de estos flujos, no obstante, dependerá de un eventual cambio de destino de los fondos japoneses. Si la relación con EE. UU. se modifica, esos recursos estarían disponibles para ser colocados en otras áreas. EE. UU. se ha transformado en el más grande receptor de inversión extranjera del mundo. En el período 84-85, recibió cerca del 40% de los flujos de inversión extranjera total mundial. Para Japón, sus colocaciones en EE. UU. podrían alcanzar un porcentaje tan elevado que les resulte conveniente diversificarse a otras regiones.

En suma, tanto en el campo comercial como en el campo de la inversión extranjera directa, América Latina podría tener potencia-

lidades interesantes hacia el Pacífico en el futuro, para así compensar la fuerte concentración producida con EE. UU.

### *Relaciones de América Latina con los países del CAME*

Siempre se pensó en el CAME como un área de expansión para el comercio de América Latina. Desde fines de los años 60, la CEPAL y otros organismos latinoamericanos exploraron esa posibilidad y muchos gobiernos han firmado convenios con la URSS y otros países de Europa Oriental. Sin embargo, las relaciones han sido escasas. Para los países del CAME, en 1983, la América Latina representaba sólo el 0,6% de sus exportaciones y el 2,4% de sus importaciones de esos países, generándose un superávit favorable a la región.

Para América Latina los países socialistas han tenido una importancia relativamente estable y baja; en 1983, sólo el 2,2% de las importaciones latinoamericanas provinieron del CAME y un 5,1% de las exportaciones de la región fueron a esas naciones (Jorge Vera Castillo, "Potencialidades y perspectivas del Comercio Internacional de Servicios en el Marco de las Relaciones Económicas entre los países miembros del CAME y los de América Latina y el Caribe", CEPAL, agosto 1987).

En el campo financiero, las relaciones son muy limitadas por la ausencia de organismos financieros y bancos provenientes de esos países en el sistema internacional. Los financiamientos son dirigidos a operaciones de inversión o de comercio entre estados. Tampoco hay presencia en materia de inversión extranjera directa. Por lo tanto, el grueso de las relaciones se ha verificado en el terreno comercial y allí se han dado operaciones limitadas en algunos productos y concentradas con algunos estados.

No obstante, frente a los importantes cambios en el mapa de la economía mundial, en el futuro América Latina podría elevar sus relaciones. Tanto América Latina como el CAME, y la URSS en particular, entrarán en un período de transformaciones. Éstas se proyectarán para fines de siglo y pueden cambiar las relaciones entre ambas partes. América Latina debate y busca nuevas estrategias de desarrollo para una inserción autónoma en la economía mundial, y la URSS lleva a cabo importantes reformas económicas que tendrán impacto en sus relaciones económicas externas.

Es necesario explorar cuáles son las nuevas opciones abiertas a la URSS y los demás países de Europa Oriental en el sistema económico internacional, cuáles sus prioridades, sus políticas económicas internacionales y las reacciones posibles de los otros actores de la economía mundial. Una cuestión clave para el sistema económico internacional son las normas que regulan su funcionamiento y éstas han sido definidas básicamente por EE. UU. y los demás miembros del

“Grupo de los Cinco” (Alemania, Japón, Francia e Inglaterra). En este terreno han estado relativamente ausentes la URSS y los países socialistas, en general.

Como la economía latinoamericana depende de variables que resultan de procesos globales (tasas de interés, normas para comercio de bienes y servicios, barreras al comercio de productos agrícolas, precio de materias primas, flujo de inversión directa, centros financieros internacionales, por ejemplo), la evolución de esas variables y las políticas que las afectan son del mayor interés.

Por tanto, una participación más activa de la URSS y otros países socialistas en la economía mundial incidirán sobre los procesos globales, las decisiones económicas mundiales y la marcha de los mercados, y por esa vía tendrán creciente importancia para América Latina.

Para nuestra región, la diversificación de su comercio es una prioridad, al igual que la diversificación de sus relaciones financieras, tecnológicas e industriales. Por tanto, las relaciones renovadas con los países socialistas son importantes, pero deben ser vistas en la perspectiva de la inserción de la URSS, de los demás países del CAME y de América Latina en la economía mundial.

## II. EL FUNCIONAMIENTO DE LA ECONOMÍA MUNDIAL Y LA INSERCIÓN DE AMÉRICA LATINA

Dos fenómenos destacan en el funcionamiento de la economía mundial. El primero, es el reforzamiento del núcleo económico dominante de los países industrializados y la consiguiente elevación del intercambio comercial, financiero, de inversiones y tecnológico entre ellos. En medio de un acelerado proceso de globalización y de incremento de la interdependencia, estas modificaciones afectan a América Latina de una manera nunca vista. Las transformaciones productivas constituyen una “onda larga”, que ha cambiado el mapa económico mundial y los flujos internacionales.

El segundo fenómeno, es un desajuste significativo entre los países industrializados, desequilibrios fiscales y comerciales que son un importante elemento de inestabilidad. La coordinación política-económica de los países industrializados se ha reforzado, pero los resultados han sido magros. El carácter crónico de estos desajustes y la debilidad de los mecanismos de coordinación, genera el riesgo de oscilaciones en las principales variables económicas que dañan a la región.

El primer fenómeno, la transformación productiva, ha gestado un dinamismo de largo alcance en las economías industriales. Sin embargo, este impulso se ve frenado por desequilibrios, que limitan

el ritmo de crecimiento. Esto explica el escaso ritmo de crecimiento de los países industrializados, donde se aprecia un decrecimiento desde 1984. Como consecuencia, el comercio mundial también ha disminuido su ritmo de crecimiento.

INDICADORES DE LA ECONOMIA MUNDIAL  
(Tasa de crecimiento en porcentaje)

	1980	81	82	83	84	85	86
Producto países industrializados	1.3	1.4	-0.4	2.7	4.7	3.0	2.4
Producto Mundial	2.1	1.8	0.6	2.6	4.4	3.1	2.9
Comercio Total	—	0.6	-2.4	3.1	8.5	3.4	3.5
Comercio manufact.	5.9	4.0	-1.4	4.9	11.7	5.4	3.0

(FUENTE: GATT, FMI, CEPAL).

Las perspectivas para 1987 son aún más limitadas. Se observa entonces un crecimiento lento, sin recuperación. Además, las alteraciones productivas, han mermado el efecto de arrastre sobre el comercio internacional del crecimiento de las economías industrializadas. Esta situación es aún peor para los productos primarios, agrícolas y minerales, que exporta América Latina. EE.UU., fuente principal de los desequilibrios, ha dejado de ser una locomotora que arrastre al resto de la economía mundial. Este cuadro se ha manifestado a través de un deterioro persistente de los términos del intercambio.

*El ajuste de la economía norteamericana*

Lo que determinará el curso de la economía mundial en los próximos años, serán las políticas económicas domésticas e internacionales que adopte este país y las demás potencias industriales para reducir los desajustes espectaculares que persisten entre ellos. Esta es la preocupación principal de esos gobiernos y las medidas que adopten repercutirán sobre la región, sin que ésta tenga mayor incidencia en su definición.

Resulta hoy una tarea prioritaria el seguimiento de las políticas de ajuste en EE.UU. y la réplica japonesa y alemana. Asimismo, es imprescindible para los latinoamericanos conocer la forma cómo es-

tos ajustes se transmitirán al resto de la economía mundial y a las economías latinoamericanas.

Los déficit gemelos, comercial y fiscal de EE. UU., han resultado más rígidos de lo imaginado. Si bien la devaluación del dólar fue controlada y los diferenciales de tasas de interés entre EE. UU. y los demás países industrializados se han mantenido bajo control, los efectos de las medidas adoptadas han sido mucho más débiles de lo que sus diseñadores imaginaron en un comienzo.

Estados Unidos ha incrementado su déficit comercial, alcanzando a 148 mil millones de dólares en 1987. Esta cifra corresponde casi exactamente al superávit comercial de Alemania y Japón, que ese mismo año llegó a 143 mil millones de dólares. Ese año hubo una suerte de simetría en la asimetría.

DESEQUILIBRIOS COMERCIALES  
(En miles de millones de dólares)

	1985	1986
Déficit comercial de Estados Unidos	-124	-148
Superávit comercial de Alemania y Japón	85	143

La contraparte de este desequilibrio es un superávit de ahorro de Alemania y Japón y un déficit de ahorro de EE. UU. Este desajuste ha desatado un flujo de capitales hacia EE. UU. de enorme magnitud, que le ha permitido cerrar la brecha fiscal. ¿Pero puede persistir esta situación?

Sorprende que entre 1985 y 1987, se haya producido una corrección cambiaria superior al 40% en el dólar, respecto del yen y las monedas europeas. A pesar de ello, el déficit comercial norteamericano y la contraparte en el superávit japonés-alemán, no han crecido.

Esto se explica, en parte, porque sólo el 45% del comercio de EE. UU. se realiza con Alemania y Japón. Con América Latina y el Sudeste Asiático, EE. UU. realiza el 35% de su comercio, y con estos países no hubo devaluación significativa. En consecuencia, la real devaluación del dólar, medida con una adecuada ponderación de su comercio, es bastante inferior al 40%.

Otra razón es la rigidez de la estructura productiva norteamericana.

na. Después de tantos años de reducción de importaciones, de lento crecimiento de la productividad, se crearon hábitos de consumo de productos importados y nuevos canales de comercialización, factores todos que han retardado considerablemente la capacidad de reacomodo.

Se puede afirmar que el ajuste comercial será lento y, por lo tanto, necesitará de medidas complementarias. Esto eleva los riesgos de recesión y de políticas proteccionistas en EE. UU.

En efecto, si no se produce una corrección rápida y regulada de estos desequilibrios, podría verificarse una caída descontrolada del dólar. De allí que para EE. UU., la Comunidad Europea y Japón, la principal preocupación sea la mantención de las relaciones entre las monedas que se ha logrado durante 1987. Para conseguir esa estabilidad, el Federal Reserve de EE. UU. ha aumentado las tasas de interés y paralelamente, a pesar de muchas resistencias, el Bundesbank y el Banco de Japón han bajado las suyas, para contribuir a una cierta revalorización del dólar. Estas medidas se han adoptado a pesar de que tanto alemanes como japoneses consideran que su liquidez interna es satisfactoria y que esas bajas de interés podrían elevarla, creando otro tipo de presiones.

¿Puede durar este tipo de acuerdo? Actuar únicamente sobre la tasa de interés para mantener la relación de cambio tiene límites. Una elevación mayor de esas tasas en EE. UU. puede frenar más el crecimiento. En 1986 no ingresaron a ese país capitales privados suficientes para saldar el déficit fiscal (se necesitan por lo menos us\$ 100 mil millones) y han tenido que intervenir los bancos centrales de los países desarrollados para completar los recursos necesarios, evitando que EE. UU. se vea obligado a recurrir a nuevas alzas.

Frente a esta situación es evidente la necesidad de medidas fiscales bastante más activas. Aquí es donde se aprecia la mayor descoordinación entre los países industrializados. Por un lado, el Presidente Reagan y su equipo se resisten a la elevación de impuestos, y por otra parte, japoneses y alemanes han sido reacios a bajar los impuestos, para evitar un incremento de sus déficit fiscales. Las elecciones presidenciales de EE. UU. en 1988, también serán un factor de importancia que puede retardar las medidas correctivas, en cuanto no se creen condiciones propicias ni para subir impuestos ni para rebajar gastos.

El crecimiento de la CEE y de Japón fue ayudado en los últimos años, en buena parte, por las exportaciones a EE. UU. Ellas explican al menos la mitad de la tasa de crecimiento del producto en esos países en el período 83-85, no así la demanda interna, que creció lentamente. Ahora ocurre lo inverso: EE. UU. está bajando sus importaciones y no será una locomotora. Persigue lo contrario, que el

rol de locomotora lo asuman Japón y Europa. Pero éstos no tienen el mismo efecto de arrastre que EE. UU.

Por lo tanto, existen sólidas razones para concluir que el ritmo de crecimiento de los países desarrollados será más lento, con efectos negativos para el crecimiento de América Latina (Anthon Brenner, "La coordinación de las políticas económicas: ¿Un cascarón cada vez más vacío?", *Capítulos SELA*, N° 16, Caracas, abril-junio 1987).

### *El ajuste japonés*

El superávit japonés también ha tenido una lenta corrección. En 1986, el superávit comercial con EE. UU. creció de 39 a 51 mil millones de dólares y con la CEE pasó de 10 en 1985 a 17 mil millones, en 1986.

La debilidad de estas correcciones ha mantenido una tensión en los mercados financieros y una presión en el comercio. Para Japón, las exportaciones a EE. UU. representan el 35% del total. Por lo tanto, lo que acontezca con EE. UU. es de importancia vital para el Japón y es de prever que por la exigüidad de los ajustes, las presiones de Estados Unidos se acentuarán (*SELA*, ago to 1987, *op. cit.*).

Desajustes que subsisten un tiempo tan largo generan a su vez una serie de otros fenómenos financieros en la economía mundial. Así, Japón se transformó a partir de 1985 en el primer acreedor mundial: sus acreencias totales llegaron en 1986 a cerca de 130 mil millones de dólares. El 25% de las colocaciones de la banca mundial se originan en bancos japoneses, mientras EE. UU. sólo representa el 18%.

Igualmente, ha habido una expansión importante de colocaciones japonesas en EE. UU. En 1985, el 44% de la inversión directa y en portafolio japonesa se ubicó en ese país.

Esta posición acreedora del Japón hace más difícil la corrección de su superávit en cuenta corriente: Japón está comenzando a recibir utilidades e intereses por un monto significativo de sus colocaciones en el mercado internacional.

Es posible afirmar que el ajuste vía devaluación resulta muy lento y seguir depreciando el dólar aún más es bastante difícil en el cuadro actual. Un estudio reciente de EE. UU. muestra que si Japón removiera todas sus barreras al comercio, tanto arancelarias como no-arancelarias, ello provocaría un incremento de las exportaciones norteamericanas entre 5 y 8 mil millones de dólares. Esta cifra no es tan contundente en vista del déficit acumulado (ver Carlos Moneta, *La reestructuración de la economía japonesa y sus efectos en las relaciones con América Latina*, *SELA*, abril 1987).

Por su parte, los europeos tampoco piensan que el ajuste de mo-

medidas ayude a reducir sustancialmente el déficit nipón y que las medidas de apertura realizadas por Japón son débiles. Los europeos temen además que si el déficit norteamericano no se corrige y EE.UU. implanta barreras proteccionistas a los productos japoneses, ello acarrearía nuevas presiones sobre la CEE, pues los productos japoneses que antes iban a EE. UU. podrían desviarse hacia Europa.

Las presiones norteamericanas y europeas han provocado una reacción japonesa. Un primer paso de importancia fue el lanzamiento del llamado "Plan de Acción" de 1985. Éste contempla la reducción de aranceles, la apertura del mercado financiero, las desregulaciones del mercado y la apertura de las compras estatales a empresas no japonesas.

Este proceso ha sido lento, tanto por el debate político, como por la adopción de las disposiciones legales correspondientes. Ello llevó a EE. UU. a adoptar medidas proteccionistas más duras, exigiendo acciones que incrementen la demanda interna japonesa, para lograr una mayor colocación de productos norteamericanos en Japón, y así, la reducción del desequilibrio entre ambos países.

Las renovadas presiones llevaron en mayo de 1987 a la adopción en Japón de un *plan de emergencia*, especialmente dirigido a incrementar la demanda interna. Éste consiste en un conjunto de medidas económicas que involucran cerca de 42 mil millones de dólares, de los cuales estarían comprometidos 35 mil millones en obras públicas y reducción de impuesto. Además se contempla la importación adicional de productos manufacturados por mil millones y el adelanto del cumplimiento de compromisos para apoyar al Tercer Mundo (ODA) por unos us\$ 7.600.000.000. El objetivo del plan es que la demanda interna sea el motor del crecimiento, incrementándose en 5% en 1988, y conseguir así un crecimiento de la economía del orden del 3,5%.

Junto a estas medidas fiscales y comerciales, el debate japonés es más extenso. La pregunta es cuál es la mejor estrategia para crecer en el nuevo contexto internacional. Es interesante observar las proposiciones del *Keindanren* (Federación de empresarios). Ellos contemplan una estrategia para incrementar el valor agregado, un aumento de las importaciones de piezas y partes, una reducción de costos y de personal, la reorganización de la subcontratación por las propias empresas contratistas y una expansión de la economía hacia el exterior. Esta institución contempla un período de dos a tres años para ajustarse a una paridad de 150 yenes/dólar.

Adicionalmente proponen que el gobierno expanda la demanda interna, reduciendo impuestos directos y a las utilidades, realice planes de obras públicas, de educación, de tecnología, de vivienda y de infraestructura, desregule la agricultura, facilite los ajustes para la

reconversión de la mano de obra, y también establezca la paridad yen/dólar.

La revisión de estos antecedentes revela que el proceso es lento y por tanto existe un riesgo de mayores tensiones. También se aprecia que en EE.UU. y Japón, se asigna poca importancia al Tercer Mundo en las discusiones sobre coordinación de políticas.

Esto se ve más acentuado en el caso japonés. En ese país parece no haber conciencia de la magnitud de su poder económico y de las responsabilidades que conlleva en la economía global.

### III. EL IMPACTO EN AMÉRICA LATINA

La coordinación de políticas se concentra en los problemas prioritarios de los países desarrollados. No se consideran, sino marginalmente, los temas agudos de los países deudores. Lo que a éstos les ocurre es un subproducto de los fenómenos globales y de las políticas económicas de los grandes países industrializados.

#### *Una espectacular succión de recursos financieros*

Las medidas diseñadas específicamente para la región tienen un carácter secundario y son concebidas como paliativo. Así por ejemplo, la iniciativa Baker no forma parte de las negociaciones en el "Grupo de los Cinco". La decisión es tomada por EE.UU. y es acompañada con el silencio de la CEE y Japón.

La llamada iniciativa Baker, lanzada a fines de 1985, fracasó en su diseño inicial. Los supuestos sobre el comportamiento de los bancos privados no se cumplieron; éstos continuaron reduciendo su riesgo en la región y los organismos multilaterales han colocado recursos insuficientes.

El aporte del FMI, del BID y del BM, ha decrecido en los últimos años: la contribución neta ha bajado de 8.400 millones de dólares en 1983 a 970 millones en 1986.

TRANSFERENCIAS NETAS A AMERICA LATINA DEL FMI Y DEL BM  
(En miles de millones de dólares)

	1983	84	85	86
FMI	6,9	3,9	1,5	0,15
BM	0,8	1,1	0,7	0,3

(FUENTE: FMI y BM en SELA, *op. cit.*, 1987).

La inversión extranjera directa también se ha contraído. A partir de 1983, el efecto neto (inversión extranjera directa menos utilidades) ha sido negativo.

INVERSION EXTRANJERA DIRECTA EN AMERICA LATINA  
(En miles de millones de dólares)

	1981	1983	1985
IED (excluye reinversión de utilidades)	4.569	2.166	2.668
Remesas	2.896	2.581	2.970
Neto	1.673	-415	-302

FUENTE: FMI.

Resulta casi inconcebible la baja contribución de los organismos multilaterales y la negativa inversión extranjera directa, mientras los bancos comerciales succionan recursos de América Latina en volúmenes jamás vistos ni por tiempos tan largos.

El balance comercial de América Latina se ha venido reduciendo de 39.400 millones de dólares en 1984 a 33.500 en 1985 y a 18.400 en 1986. Para 1987 se estima un superávit comercial de 21.500 millones, derivado en gran medida de la recuperación del precio del petróleo (CEPAL, *Panorama Económico de América Latina 1987*, Santiago, septiembre 1987). Simultáneamente, en el período 82-86, la transferencia neta de recursos al exterior alcanzó a 132.000 millones, es decir casi un tercio de la deuda externa total de la región. En 1987, esta transferencia se estima en unos 12.000 millones adicionales (*ibid.*).

Todo este cuadro ha tenido un impacto grave sobre la inversión de América Latina. Se produce casi una correspondencia exacta entre la disminución de la tasa de inversión y el incremento de las transferencias netas de recursos al exterior. Entre 1980 y 1985 la transferencia neta de recursos al exterior creció en el equivalente al 6,7% del PGB de la región. En el mismo lapso, la inversión bruta bajó en el equivalente a un 6,4% del PGB. En otras palabras, estamos en presencia de un efecto directo negativo de las transferencias de recursos al exterior sobre la tasa de inversión (A. Fishlow, *La deuda externa y su impacto en América Latina*, mimeo SELA, agosto 1987).

Es difícil imaginarse cómo puede sostenerse esta situación por más tiempo.

### *Nuevas medidas de los países desarrollados hacia América Latina*

Después del fracaso de la Iniciativa Baker, se ha diseñado un nuevo "plan" que contiene tres elementos principales:

a) Elevar los créditos de los organismos multilaterales, especialmente aquellos de libre disposición como los Structure Adjustment Loans (SAL) del Banco Mundial, creados en 1980, y como los Structure Adjustment Facilities (SAF) del FMI, creados en 1986.

b) La definición de un nuevo "menú" para los bancos privados, que contempla el acceso de los países en desarrollo a través de bonos en el mercado mundial, con la garantía de los bancos comerciales, la conversión de deuda externa en activos, tema predilecto de la banca extranjera, y otras fórmulas como co-financiamiento con organismos multilaterales y financiamiento directo para proyectos de inversión y,

c) Una creciente presión sobre los países en desarrollo para realizar el "ajuste estructural", en el sentido particular de la "liberalización-privatización" de las economías de la región.

Los japoneses han incorporado a sus planes de acción, recursos adicionales para los países en desarrollo. No obstante, hasta aquí han contraído su crédito bancario a la región y también su crédito a las exportaciones.

Su posición es distante hacia América Latina, porque otorgan prioridad al Sudeste Asiático. Con todo, han señalado su intención de disponer de recursos para comprar la deuda de los bancos japoneses en América Latina y renegociarla con los gobiernos latinoamericanos. Esta medida, anunciada hace varios meses, no tuvo seguimiento. Más importancia ha tenido la decisión de asignar fondos especiales en el BID, el BM y el FMI para créditos a países en desarrollo.

En el campo comercial se aprecia una actitud cada vez más dura. Estas medidas están dirigidas a todos los países pero tienen fuertes implicaciones sobre América Latina.

En julio de 1987, la Cámara de Diputados norteamericana, aprobó por 290 contra 137 votos y en el Senado por 71 contra 27, un conjunto de medidas para modificar las leyes de comercio. Las medidas se reúnen en novecientas páginas. Entre ellas, se establecen límites a la producción de alimentos y minerales para evitar sobreproducción; contienen propuestas drásticas para la aplicación de "countervailing duties" y medidas antidumping.

Al igual que los europeos y japoneses, el gobierno de EE. UU. ha adoptado una postura más agresiva en el campo de la propiedad intelectual, y exigen apertura y liberalización de los servicios, amenazando con represalias a quien no los cumpla. Esto también tendrá efectos importantes sobre América Latina.

### *Impacto sin precedentes*

El análisis de la economía mundial revela tendencias que agravan las preocupaciones tradicionales en América Latina. Hoy se observan tres hechos de una intensidad mayor que la histórica:

1. Un continuo cambio en la situación del comercio internacional de América Latina, derivado de una revolución tecnológica cuyo alcance no tiene precedentes. Este cambio impacta a las materias primas de la región, provocando un persistente deterioro de los términos del intercambio. La estructura productiva de América Latina es pobre y no se ha adaptado con rapidez a los cambios mundiales.

2. Una transferencia neta de recursos al exterior de una magnitud espectacular, jamás vista en la historia de esta región.

3. Un hecho nuevo, cual es el intento masivo por parte del gobierno de EE. UU. y de los organismos multilaterales, de llevar a cabo su propio "ajuste estructural" en América Latina, desde afuera, y en el sentido muy peculiar de desregulación, privatización y liberalización.

La región no resolverá sus problemas dentro del marco internacional actual ni con las políticas que pretenden imponerse desde el Norte. Los problemas se resolverán mediante un esfuerzo interno mucho mayor que en el pasado.

## IV. UNA RESPUESTA LATINOAMERICANA

### *Estrategia común de largo alcance*

Sólo se supera una situación de marginalidad y vulnerabilidad como la actual con una estrategia de largo alcance. Aunque hay debates en la actualidad, tal estrategia no es clara, ni a nivel nacional, menos regional.

Si en 1982 la crisis financiera sorprendió desprevenidos a los gobiernos de América Latina, éste no es el caso de 1987. Si entonces se creyó en los escenarios optimistas anunciados por el gobierno de Estados Unidos y los organismos multilaterales, si se pensó que la economía mundial se recuperaría, las exportaciones crecerían, el flujo de créditos bancarios se normalizaría a corto andar y que la

inversión extranjera directa fluiría abundante, en 1987 no hay argumentos para sostener una visión optimista y, por ende, para persistir en una actitud pasiva.

El análisis global señala lo contrario. El escenario más posible es recesivo, el comercio externo crecerá poco y el norteamericano menos, los bancos continuarán reduciendo su *exposure* y pretenderán seguir succionando recursos netos de América Latina.

Entonces, ¿qué hacer?

No todos los países reaccionarán igual y sería retórico postular una acción conjunta latinoamericana. Los vínculos económicos mexicanos son distintos que los de los países sudamericanos. Su interconexión con E.E. UU. es creciente y se va conformando una economía en el norte de América que involucra más a México. En tales circunstancias, ese país adecuará su política económica internacional de una manera distinta que otras naciones de América del Sur.

Sin embargo, hay criterios generales y acciones comunes en áreas específicas que favorecen a *todos* los países de la región. Sobre estas coincidencias debe centrarse el análisis.

### *Los objetivos básicos*

En el cuadro mundial vigente, América Latina debe seguir una política que satisfaga dos objetivos: a) reducir el impacto de las oscilaciones externas (variaciones de intereses, paridades cambiarias, precios de las materias primas, crecimiento del comercio, ...) y b) crear una dinámica interna para crecer apoyándose en las exportaciones, especialmente manufactureras, y en el mercado nacional; sustentada en un esfuerzo de ahorro e inversión interno para cambiar la estructura productiva.

Un freno al impacto externo adverso podría lograrse si se modificaran sustantivamente algunas políticas económicas internacionales de los países industrializados. Esto es muy difícil. La lógica que inspira la coordinación de sus políticas es la reducción de los desequilibrios existentes entre ellos. América Latina es marginal y casi no cuenta. Otro camino es modificar el modo de acoplamiento de la región en la economía mundial. Esta es la posibilidad sobre la cual debe concentrarse el esfuerzo regional.

El modo de acoplamiento se altera, en primer lugar, acelerando la tasa de crecimiento. Sólo creciendo se pueden "atraer" capitales para inversión y mejorar la "atmósfera" de la que hablan los bancos e inversionistas foráneos.

Pero crecer exige invertir más. La tasa de inversión tiene que elevarse, al menos, un 5% adicional sobre el PGB, monto que corresponde casi exactamente a la transferencia neta de recursos al exterior durante los últimos cinco años. Por tanto, la suspensión de

la transferencia neta de recursos es el factor primero para modificar el modo de acoplamiento.

La renegociación de la deuda supone un cambio a fondo. Las medidas parciales propuestas por los bancos extranjeros son inadecuadas. Tanto la exigencia de retornar primero los capitales fugados, formulada en 1985 y ya casi abandonada, como la actual de convertir deuda en activos, son poco relevantes, y esta última conlleva altos riesgos para la región. Las conversiones amenazan con desnacionalizar, sin aportar recursos frescos, ni gestión ni tecnología, en la medida en que sean bancos que adquieren activos con un criterio de diversificación de portafolio y no de inversión para el desarrollo, con vistas al largo plazo. En este tema es imprescindible la concertación de una política latinoamericana común.

La cuestión de la deuda tiene una solución política. Así acontece con los países desarrollados. En efecto, las discusiones del Grupo de los Cinco en materias fiscal, cambiaria, de tasas de interés, etc., se resuelven políticamente; no a través del mercado. El mercado se emplea como mecanismo de ajuste, una vez resuelta políticamente la dirección del ajuste. Lo mismo debe hacerse con la deuda. Allí cabe la concertación para potenciar el limitado poder político de los países latinoamericanos.

El segundo elemento estratégico para modificar el modo de acoplamiento es el cambio en la estructura productiva, elevando la productividad y la competitividad, para aumentar las exportaciones manufacturadas y la sustitución "eficiente" de importaciones de bienes y servicios. Esta transformación estructural permitiría reducir el impacto negativo del cambio tecnológico sobre la demanda de materiales primarios, minerales, productos agrícolas y combustibles.

Tal objetivo implica una nueva política industrial y tecnológica con especialización y selectividad. En el campo externo es preciso penetrar en los "intersticios" que se abren en la estructura industrial mundial, para ganar posiciones cuando se producen desplazamientos de las fuerzas económicas internacionales.

Las exportaciones manufactureras son un objetivo prioritario. América Latina representa muy poco de las exportaciones manufactureras del mundo, alrededor del 2%. Por lo tanto, hay espacio para crecer, aunque la economía mundial se expanda levemente, si este comercio va dirigido a productos y regiones donde hay más holgura. El proteccionismo lo obstaculizará, pero no lo bloqueará. La flexibilidad e innovación son condiciones imprescindibles.

También es esencial crear un sistema de apoyo que estimule a las empresas a elevar su eficacia. Las nuevas políticas de desarrollo deben atender las condiciones específicas que hacen posible el crecimiento de empresas competitivas. Las medianas tienen amplio

espacio, pero requieren de un sistema de apoyo técnico-productivo, en cuya articulación al Estado le cabe un papel motor, como lo muestra la experiencia de los países industrializados. Hay que atender más el "nivel micro" y mejorar el entorno en el cual se desenvuelve la actividad empresarial.

Las exigencias de un cambio estructural recaen principalmente sobre la calidad de los recursos humanos. Por tanto, la investigación, la gestión y la comercialización internacionales requieren de un intenso proceso educativo. Ahí está la clave para el siglo XXI.

El tercer factor es la ampliación del espacio latinoamericano. Sin desconocer las limitaciones, es evidente que un comercio intraregional que apenas sobrepase el 10% del comercio externo total de la región, es absurdamente bajo. Mientras en la Comunidad Europea la proporción del comercio intracomunitario se acerca al 60% del total y ha ido en aumento, en América Latina es muy bajo y ha venido decreciendo.

Hay también múltiples vías para activarlo. No es una cuestión de carencia de fórmulas operativas. Sin duda hay que buscar enfoques pragmáticos y flexibles, pero la carencia principal es de voluntad política, instituciones y lugares de decisión donde prevalezca esa voluntad política conjunta.

Un cuarto objetivo para alcanzar un nuevo acoplamiento es la diversificación urgente del comercio hacia las áreas de más potencial, adaptándose al nuevo mapa de la economía mundial.

La expansión del Pacífico, donde Japón tendrá un papel más activo como importador de bienes y exportador de capitales, la búsqueda de nuevos espacios en los países del CAME que llevan a cabo importantes reformas económicas, el fortalecimiento del comercio Sur-Sur, el cambio de la composición del comercio con la Comunidad Europea y con Estados Unidos, son todos criterios complementarios para orientar el comercio exterior de la región.

### *La redefinición del concepto de integración*

A pesar de su decaimiento cuantitativo, la base de la cual se parte para integrarse a futuro es mucho más alta que en el pasado. Hay experiencias, contactos e instituciones mucho más desarrolladas. La nueva realidad mundial obliga a ir más allá de una integración restringida a lo económico, menos aún a lo comercial, como se ha concebido tradicionalmente. El concepto necesita ampliarse.

Los países latinoamericanos deben enfocar el proceso con un énfasis político más elevado. La concertación de políticas económicas internacionales de los países de la región es un tema en ascenso, como también el de aquellas políticas nacionales con impacto externo. La investigación tecnológica conjunta es otro campo de alta re-

levancia. La adopción de posturas comunes frente al tema de los servicios, de la deuda externa, de una moneda latinoamericana, frente a los movimientos de capitales, etc., son tareas urgentes.

El campo es más extenso que antes. Su materialización depende de los actores sociales y económicos. Es indispensable entonces poner en movimiento todas las organizaciones públicas y privadas y lograr una mayor participación y conciencia de los pueblos latinoamericanos sobre esta exigencia.

Un elemento principal para ampliar el espacio latinoamericano es el intercambio humano, tecnológico, educacional. Un campo de gran perspectiva para alentar más avances es acelerar el flujo de científicos, profesores, técnicos, dirigentes de trabajadores y de empresarios dentro de la región. Es imprescindible afianzar un espacio común en el campo educacional, técnico y político.

### *El eje es el esfuerzo interno*

Los lineamientos anotados refuerzan una idea clave: América Latina debe revitalizar su esfuerzo interno y, a partir de allí, modificar su relación financiera y productiva internacional. A servir ese propósito debe condicionarse el pago de la deuda, las negociaciones en el GATT, la política de servicios, la coordinación de políticas internacionales.

Sin embargo, mientras se logran los cambios más profundos es preciso establecer mecanismos de "amortiguación", que reduzcan desde ahora el impacto adverso de oscilaciones internacionales no controlables por las naciones latinoamericanas.

En tanto se cumplen las tareas de largo plazo es preciso neutralizar, con fondos financieros ad-hoc, al menos dos efectos: la subida de la tasa de interés y la baja de los precios de materias primas. El establecimiento de cláusulas de contingencia que ligen estrechamente esas dos variables en las negociaciones de la deuda externa, es una fórmula ya utilizada y que puede perfeccionarse.

El dilema, en fin, no es ni Albania ni Singapur. Ni el cierre autárquico ni el aperturismo total son salidas posibles. Más que antes, el esfuerzo debe ser interno. La atención a las exportaciones no debe desviar la vista de la existencia de grandes mercados internos, cercenados por una distribución inaceptable del ingreso y de la riqueza. Hay un espacio espectacular para crecer. Al año 2000, América Latina superará los 500 millones de habitantes, casi duplicando la población de Estados Unidos. Hay grandes carencias y grandes posibilidades. El mercado interno constituye una base potencial de envergadura. El bienestar de las mayorías no se conquista sólo como efecto indirecto de una estrategia puramente exportadora, por eficaz que ésta sea. Un mercado regional ampliado es una plataforma irremplazable.